

“LA PREVIA” EN JÓVENES DE SECTORES MEDIOS ALTOS DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES: MICROCLIMA DE DIVERSIÓN NOCTURNA

Magdalena Inés Felice
Universidad de Buenos Aires (Argentina)

Introducción

El siguiente informe se basa en una investigación, llevada a cabo durante marzo-junio del 2010, de una forma de diversión nocturna de los jóvenes que se ha instalado, desde hace ya un tiempo, en la cultura de la noche: la previa.

En este trabajo nos proponemos reflexionar acerca de la nocturnidad y las formas de sociabilidad de los jóvenes de sectores medios altos en la Ciudad de Buenos Aires. Abordamos el tema a partir de “la previa” en tanto ámbito nocturno preferido por estos jóvenes a la hora de entablar vínculos con su grupo de pares y generar lazos afectivos. En consonancia con Mario Margulis (2005), creemos que los cambios en la cultura urbana se expresan en los cambios en las formas de diversión, en el uso del tiempo libre y, en particular, en las formas que asume la noche porteña; de ahí que, a través del análisis de una forma de diversión singular podamos acercarnos al estudio de las formas de sociabilidad contemporáneas y a los modos de “estar juntos” que crean y recrean los jóvenes.

Varias preguntas guiaron el trabajo, tales como ¿por qué los jóvenes eligen esta forma de diversión? ¿Qué buscan? ¿Qué esperan? ¿Cómo afrontan su necesidad de compañía, de afecto, de amistad, de sociabilidad y de pertenencia?

La unidad de análisis son los/las jóvenes urbanos/as (de Ciudad de Buenos Aires), heterosexuales, comprendidos/as en una franja etaria de 20 a 25 años. El perfil socioeconómico buscó ajustarse a un sector que pueda considerarse “medio alto”. Nos guió en esta clasificación el concepto de *habitus* y *estilos de vida* de Pierre Bourdieu (1988). Así, ciertos datos de posición como ocupación y nivel de escolaridad alcanzado propio y de sus padres se reforzaron con datos más laxos que dieran cuenta de gustos, hábitos de consumo e historia de consumo urbano-cultural. Los jóvenes entrevistados viven con su familia en los barrios de Flores, Caballito, Palermo y Belgrano. Sus padres son profesionales o pequeños-medianos empresarios. Luego de haber finalizado la escolaridad secundaria, iniciaron sus estudios universitarios y algunos, además de estudiar, trabajan. La elección de este perfil de joven de sector medio alto urbano obedece principalmente al interés por estudiar un tipo de previa en particular, aquella que está íntimamente vinculada con un circuito nocturno singular, la discoteca, que es centralmente un género para las clases media y alta (Margulis, 2005).

Considerando la previa como un sistema de significados por desentrañar, nos proponemos realizar una lectura que permita develar las reglas de juego que rigen en este escenario nocturno y describir y comprender el sentido que tiene para sus actores; buscaremos interpretar qué sucede en su interior, cuáles son los deseos y necesidades de los jóvenes que la conforman y cómo operan en ella los mecanismos de control social, la desigualdad social y los mandatos sociales.

Para abordar estas cuestiones, se trabajan dos líneas de análisis:

- 1) la previa como forma de diversión nocturna.
- 2) la previa como lugar de encuentro.

1. La previa como forma de diversión nocturna

La nocturnidad es una dimensión central de la vida social contemporánea; la noche es liberadora, es el tiempo de la fiesta y el disfrute, de la esperada liberación de la rutina y las responsabilidades diurnas (Margulis, 2005; Urresti, 2007). En la noche, las promesas de fiesta, encuentro, comunicación y gratificación ocupan un lugar central y son algunas de las fuerzas que convocan a los actores a participar de ese escenario. Siguiendo a Margulis (2005), la nocturnidad aparece para los jóvenes como tiempo para los encuentros, para los contactos con iguales, para el logro de amistades, las promesas de romance, de sexo, de fiesta. Ese tiempo propicio para la diversión ha sido colonizado, en mayor medida que en épocas anteriores, por los jóvenes; “la oposición día-noche se ha constituido en fronteras entre generaciones” (Margulis, 2005: 25) y los adultos son los primeros en ser excluidos. Asimismo, en la nocturnidad no dejan de estar presentes las formas de dominación y de legitimación vigentes en la sociedad; tal como indica Margulis (2005), según la condición social, el sector social al que se pertenece, se puede o no acceder a ciertos lugares, se es elegido para ingresar o para ser excluido. Influyen los modales, la vestimenta, el peinado, la edad, la “onda”.

En la cultura de la noche se ha instalado entre los jóvenes una forma de diversión que funciona como antesala de los circuitos nocturnos más establecidos (bailantas, discotecas, recitales de *rock*, *rave*): la previa. Esta no tiene un único modelo y sus características suelen variar en función del sector social, la edad de los participantes y el tipo de salida nocturna que luego se realiza. De esta variada gama, analizaremos aquella que por su íntima relación con la discoteca es propia de los jóvenes de sectores medios altos de la Ciudad de Buenos Aires. Este tipo de previa suele recibir el nombre de “prebo”, por pre-boliche.

Tal como su palabra lo indica, la previa refiere a un tiempo que precede a algo que vendrá después; en este sentido, no es percibida por los jóvenes entrevistados como una “salida” en sí misma, sino como una instancia que antecede al programa principal de la noche. Por lo tanto, no es, en un principio, más que un “punto de paso”, un “tiempo comodín”, un “aguantadero”, y quienes asisten a ella tienen la creencia y la expectativa de que luego se irá a una discoteca o a una fiesta privada, lugares en los que se espera estar hasta altas horas de la madrugada.

La previa transcurre en un tiempo específico, aquel configurado por la distancia temporal entre la finalización de la cena (alrededor de las once y media de la noche) y el horario en el que se acostumbra ingresar a la discoteca (entre las dos y media y las tres de la madrugada). La ampliación de los horarios de las salidas nocturnas que se ha producido en los últimos años — empiezan cada vez más temprano, terminan cada vez más tarde y van cubriendo un número mayor de días en la semana (Urresti, 2007)— ha sido un factor clave en el origen de la previa, los jóvenes aprovechan ese “tiempo muerto” para realizar actividades con el fin de hacer tiempo hasta que “arranque” la fiesta.

Así también, la previa que analizamos en este trabajo transcurre en un espacio determinado: los domicilios particulares, fundamentalmente en los *livings* o en los salones de usos múltiples (SUM) que ofrecen algunos edificios, prefiriéndose aquellos que están cerca de las zonas de los boliches a los cuales estos jóvenes suelen concurrir: Palermo, Belgrano, Cañitas, Barrio Norte. Tal como observa Marcelo Urresti, “las discos no están en cualquier parte, tienen su lugar, por lo general, en avenidas o cerca de ellas y casi siempre en barrios de sectores acomodados [...] y las que no, están en las zonas mejor ubicadas de los enclaves residenciales de más alto nivel económico” (2005: 137). La previa no se realiza siempre en el mismo lugar, se trata de ir turnando; la previa es nómada por definición, aun cuando siempre haya alguien “que se la juega por el equipo” y presta su hogar más veces que otros.

Así como “la ciudad es de los jóvenes mientras los adultos duermen” (Margulis, 2005: 12), los *livings* y SUM de los hogares son apropiados por ellos, bajo la ilusión de una aparente lejanía de la mirada de sus padres. Mientras los adultos duermen, el hogar se vuelve una zona liberada en la que eventualmente se da la aventura. Esta tensión entre autonomía y control parental puede ser entendida como un *pacto de simulación*, donde los padres simulan tener el control de sus hijos sin conseguirlo del todo, y los hijos simulan la independencia de los padres sin lograrlo del todo.

Vale destacar que los discursos imperantes sobre la violencia de las calles y la inseguridad, así como los costos elevados del alcohol en los bares y discotecas han ido fomentando la emergencia del hogar como lugar para darse cita. En su análisis sobre los barrios cerrados y *countries*, Cecilia Arizaga (2003) observa que la ocupación del espacio aparece como conflictiva; en los sectores altos de las clases medias porteñas, el otro es percibido como amenaza y se produce así un fenómeno de aislamiento, de amurallarse en los suburbios. Siguiendo esta línea de análisis, es posible pensar que la realización de las previas en los domicilios privados es también una forma de aislamiento, de “protección” ante la amenaza de los “otros”, los “distintos”; en otras palabras, es un modo de construir, tanto física como simbólicamente, una muralla que rodee el espacio de un “nosotros” y establezca una distancia con “los otros”.

Asimismo, la previa se opone a la “fiesta comercial”, la promesa de fiesta que se vende a los jóvenes, que es la fiesta organizada, controlada por otros. A diferencia de otras ofertas nocturnas ya constituidas, esta alternativa no es algo que se les ofrece, sino algo que ellos mismos gestionan y construyen en conjunto cada fin de semana en función de sus intereses. En ella, no solo son receptores sino también productores y actores de su propia fiesta, actúan en un escenario que ellos mismos elaboran, manipulando y organizando el ambiente y las prácticas. En este sentido, lejos de imponerse como una instancia exterior, la previa se amolda a ellos, es flexible a sus gustos y preferencias y, como tal, a través de ella podemos conocer las necesidades y los deseos de los jóvenes. La previa es entonces versátil, sus características varían, nada suele estar muy determinado de antemano, va adquiriendo su forma durante su transcurso y con relación al perfil de los jóvenes que la integran. Lo que se hace, lo que se toma, lo que se escucha, quiénes son, cuántos son, el ambiente, son todas dimensiones que

son relativas y pueden alterarse. No obstante, como iremos viendo a lo largo de este artículo, en este tipo de previa no dejan de estar presentes las formas de dominación y de legitimación vigentes en la sociedad, en ella predomina la dinámica de la distinción, de la exclusión y de las jerarquías. Además, operan también reglas que no han sido creadas por sus actores, códigos a los que hay que someterse y adaptarse para ser elegible, “tener éxito”, ser miembro.

Según quienes participen podemos distinguir dos tipos de previa: las previas intragrupalas y las previas intergrupales. Las primeras son las constituidas por un grupo de amigos, ya sean todos varones, todas mujeres o mixto; se conocen entre todos, tienen contacto con frecuencia y funcionan como unidad. Las segundas pueden ser pensadas como una sustancia compleja, el resultado de la integración de dos previas intragrupalas, una masculina y otra femenina. La característica principal es que estos dos grupos no se conocen entre sí y no suelen tener contacto ni diario ni semanal; de estas últimas —de ahora en más denominadas previas a secas— nos ocuparemos en este trabajo.

Las previas intergrupales son mixtas, conformadas generalmente por un único grupo de mujeres y un único grupo de varones; si bien en el interior de cada uno puede haber varios subgrupos, durante ella funcionan como bloque y cualquier observador percibe solo dos grupos. Como consecuencia, no se trata de una fiesta privada a la que asiste una gran cantidad de grupos de amigos y amigas desconocidos entre sí; tampoco de una reunión de solos y solas en la que individuos, desconocidos entre sí y sin lazos previos, se encuentran. A la previa se asiste como integrante de un grupo de pares, y solo dos grupos suelen ser aceptados, el femenino y el masculino.

Urresti (2007) subraya que para la gran mayoría de los jóvenes la noche es un espacio privilegiado de consolidación personal y grupal, de reconocimiento social y de búsquedas eroticoamorosas; es un campo en el que se forja el reconocimiento y la pertenencia, donde se conforman los grupos de pares. En este marco, la previa, en tanto forma de diversión nocturna, presenta simultáneamente una promesa de gratificación amorosa —hay una búsqueda de tacto, seducción y conquista erótica— y una promesa de gratificación tribal —“se entra en fusión con el colectivo en el que el yo se diluye cómodamente en el nosotros” (Urresti, 2007: 20)—.

En tanto “punto de paso”, la previa es considerada por los jóvenes entrevistados como un espacio de “preparación” en donde van adquiriendo progresivamente el “espíritu de fiesta” y “diversión” necesarios para estar en sintonía con el ambiente de la discoteca; si llegan “aburridos”, “apagados”, “bajoneados” o “sin energía”, salen de ella “divertidos”, “muy arriba” y “con pilas”. En este sentido, la previa es el espacio y el tiempo de calentamiento y de adquisición de las aptitudes requeridas socialmente para ingresar a la discoteca, o dicho en otras palabras, el momento del entrenamiento para llegar al partido en tiempo y forma. Desde esta perspectiva, el sentido de la previa resulta indisoluble del programa posterior: el boliche.

Observamos que un elemento imprescindible para “prepararse” es el alcohol, los jóvenes entrevistados definen la previa principalmente por ser un momento en el que se toma alcohol e, incluso, manifestaron que “no hay previa sin alcohol”. Según ellos, el alcohol es el que “activa y

tira para arriba”, el que “va soltando” y desinhibiendo, el que instaura un clima festivo, de chistes y risas, haciendo que todo se torne más divertido y colaborando con la meta de “pasarla bien”. A lo largo de las entrevistas, observamos que tomar alcohol es uno de los factores principales que les permite a los jóvenes responder a los imperativos que la cultura de la noche les impone: “festividad”, “descontrol”, “diversión”, siendo estos finalmente asumidos como deseos propios. El “prebo”, como la mayor parte de las propuestas para el consumo nocturno, lleva consigo el modelo de fiesta que exige estar “buena onda”, “con pilas” y “pum para arriba”. Coincidimos con Margulis (2005) en que en la cultura de la noche existen exigencias que son impuestas a quienes aspiran a pertenecer, a ser miembros legítimos. En ese sentido, observamos que en el querer emborracharse se esconde la exigencia, reconocida incluso por la mayoría de los entrevistados, de presentar esos estados de ánimo para sentirse “cómodos” en los espacios de diversión nocturnos, es decir, aceptados y reconocidos por sus pares. Encontramos que ante el temor de no portar la sonrisa adecuada, la soltura apreciada, el aire relajado y la simpatía anhelada, llenan sus cuerpos de ese brebaje fiestero que los hace miembros competentes de la noche y les permite no ser reprobados tan estrictamente ante cualquier “falla” de comportamiento.

De este modo, tomar alcohol forma parte de la carta de presentación en una previa, todos y todas deben cargar sus vasos y moverse y mostrarse como si ya estuvieran bajo los efectos de la bebida; por lo tanto, no alcanza con estar “entonado” sino que además hay que parecerlo, imagen que se logra riéndose a carcajadas, diciendo algunas tonterías, siendo más zarpado/a en los comentarios, haciendo cosas que supuestamente no se harían sin haber tomado. Para los jóvenes entrevistados, el alcohol les permite jugar a ser otros, mostrar otra faceta, cambiar de papel, poniéndose la máscara que exige la noche. Así, el alcohol refuerza ese estado de libertad que la nocturnidad estimula. Vale destacar que entre los jóvenes de este sector social todo debe ser en su justa medida o, al menos, parecerlo; por tal motivo, se intenta “guardar las formas”, evitando vomitar o “quebrar” durante la previa.

El consumo de bebidas alcohólicas puede ser comprendido desde una doble mirada. Por un lado, está asociado a la timidez y a la inhibición que continúan padeciendo muchos jóvenes aun cuando se encuentren en ambientes privados y rodeados de amigos y conocidos; la interacción con el sexo opuesto así como la búsqueda de reconocimiento y aceptación dentro del grupo de pares provocan presiones, inhibiciones y temores que el alcohol logra adormecer. Tal como postula Urresti, “la lucha por la aceptación, la procura de inclusión grupal, la elaboración de la identidad sobre la base de identificaciones estilísticas, atraviesan la noche de los jóvenes, sedientes de pertenencia y encuentro” (2007: 21). Por otro lado, el consumo de alcohol está directamente vinculado al modelo de fiesta que impera en la cultura de la noche y, en consecuencia, al estado de ánimo que se espera que los jóvenes porten; en este sentido, el consumo de bebidas alcohólicas no debería ser pensado por fuera de los mandatos sociales de “éxito” y “felicidad” que imperan en nuestros tiempos. Estas dos cuestiones están muy entrelazadas ya que muchas veces esa timidez por la cual se recurre al alcohol es, entre otros

factores, producida también por la presión que significan estas exigencias entre quienes aspiran a no quedar fuera de los circuitos de pertenencia y reconocimiento.

Un dato para tener en cuenta a la hora de analizar esta forma de diversión nocturna es que, por su modo de organización y funcionamiento, en ella pareciera suspenderse la lógica del mercado; ninguno de los participantes debe pagar entrada, no hay empresarios ni inversión o ganancia monetaria, no hay trabajadores ni clientes, solo actores que juegan un juego que ellos mismos diseñaron. El negocio en todo caso lo hacen los supermercados, kioscos y *deliverys* que se ocupan de la venta del alcohol. Entonces, podríamos decir que impera más bien un intercambio cercano al trueque y lo comunitario, donde incluso puede aparecer también la lógica de la invitación. Así, algunos ponen la casa, otros el alcohol, los invitados colaboran con alguna bebida, se comparten los gastos o se invita.

Ahora bien, al definir este escenario, la mayoría de los jóvenes entrevistados consideró una dimensión más: su posible “deformación” al constituirse en el programa principal de la noche. Así, comentaron que si bien se llega con la expectativa de que luego se irá a otro lugar, se está abierto a la posibilidad de que la previa exceda sus límites de “punto de paso” y se convierta en “la salida de la noche”; en efecto, cuando los grupos perciben que hay “buena onda” e interés entre ellos, se trata de fomentar un ambiente festivo para “estirar la previa” y quedarse allí, prescindiendo del boliche. A partir de las entrevistas, observamos que cada vez más esta antesala va adquiriendo relevancia en la noche porteña y son pocos los que pueden imaginarse una “salida” sin antes transitar por este territorio. Nos preguntamos entonces: ¿cuál es el sentido que este ritual tiene para los jóvenes de sectores medios altos de la Ciudad de Buenos Aires? ¿Qué expectativas circulan? ¿Cómo son los modos de relacionarse? ¿Es solo un “punto de paso”, o es más bien el momento para el encuentro con los pares? Y, si es así, ¿quiénes pueden encontrarse?

Emerge, así, un sentido latente de la previa: satisfacer el deseo de encuentro y de comunicación, de acercamiento y de sociabilidad que la discoteca, en tanto lugar de mera coincidencia y amontonamiento, ya no logra brindar. En su estudio sobre la discoteca, Urresti señala que en la disco, hacerse oír o escuchar algo por encima de la música es casi imposible, por lo que solo queda la mirada como canal de contacto, “dialogar será estimular la mirada de los otros, y dejarse llevar por la imagen de ellos” (2005: 146), consolidándose cada vez más una tendencia hacia la incomunicación por medio de la palabra que el autor denomina *sordera comunicativa*. En el mismo sentido, Fernando Pérez y Julián Blanco (2003) indican que el boliche es un medio donde la palabra carece en gran parte de sentido y un ámbito donde no están dadas las condiciones para el diálogo (para hablar, escuchar y ser escuchados). Como consecuencia, los autores sostienen que, en la disco, la palabra asume la forma de eslogan y no la del discurso, y que es un lugar que amontona cuerpos, pero que en el mismo acto dificulta la unión de las personas.

2. La previa como lugar de encuentro

Al asistir a una previa, uno puede notar que no solo se busca “prepararse”, las fuerzas que convocan a los jóvenes y que sostienen este ritual cada fin de semana nos remiten a los deseos de estar juntos, a la búsqueda de conversación abierta y sin propósito definido, de seducción y de conquista. Sostenemos que este escenario de interacción trasciende el mero “prepararse para el boliche” y opera como lugar de encuentro en el que es posible reforzar lazos de amistad con el grupo de pares y conocer a personas con quienes establecer nuevas relaciones. Este conocer puede significar tanto hacer nuevos amigos como “levantar” o conquistar a alguien en particular; entonces, en el “prebo” se ponen en juego simultáneamente promesas de amistad, de romance y de sexo.

Ahora bien, nos preguntamos: ¿por qué los jóvenes perciben la previa como un lugar de encuentro, en contraposición a la discoteca como lugar de mera coincidencia? ¿Qué brinda este espacio que no encuentran en otros? Según los jóvenes entrevistados, la previa ofrece la posibilidad de mirarse, de estar cerca en un lugar común, de charlar, de apreciar la risa o las expresiones de la cara de los otros, de escuchar opiniones y ver cómo se actúa, les permite ir construyendo una idea sobre la personalidad del otro e ir generando empatía progresivamente. Esta es la virtud de la previa, permitir y promover acercamientos entre los participantes; en ella uno puede acercarse a personas desconocidas logrando una profundidad que quizás en otro ámbito no sería factible. La mayoría de los jóvenes entrevistados indicó que mientras en un boliche una persona no te hablaría y hasta se mantendría distante, aquí se sienta al lado, conversa y “pasa un rato con vos”.

En los próximos apartados buscaremos comprender por qué son posibles esos acercamientos a partir de analizar tres aspectos claves que caracterizan a la previa: el ambiente controlado, la antimasividad, y el clima amigable y festivo.

El ambiente controlado

Cuando hablamos de la previa como lugar de encuentro es importante destacar que no se trata de cualquier encuentro y que no es posible encontrarse a cualquiera; la previa de estos jóvenes de sectores medios altos no es un espacio ajeno a la mecánica del control social. Ahora bien, a diferencia de otros escenarios en donde existen los “puerta”, aquí son los propios participantes los que llevan adelante ese control a través de la (s)elección de los invitados.

Para organizar una *previa intergrupala* se debe buscar y encontrar un grupo del sexo opuesto con el cual hacerla; cada uno piensa en sus contactos y conocidos e intenta comunicarse con alguno de ellos, una vez localizado un grupo, los demás dejan de buscar o postergan lo encontrado para la próxima. Esto suele hacerse cerca del fin de semana o incluso el mismo día; la invitación suele ser muy abierta y poco comprometida. El integrante del grupo que hizo el contacto oficia de “representante” y habrá uno del grupo femenino y otro del grupo masculino; entre ellos se conocen, fueron a la misma facultad, al mismo colegio, al mismo club, compartieron una fiesta, fueron a la misma discoteca, o tienen al menos un espacio cotidiano

compartido que los puso en contacto. Por el contrario, los demás integrantes quizás nunca se vieron, son completos desconocidos, pero dentro de una red de conocidos.

Siguiendo a Bourdieu (1987), los *habitus* como sistemas de esquemas de producción de prácticas y sistemas de esquemas de percepción y de apreciación de las prácticas definen un estilo de vida que une las prácticas, los bienes y las tomas de posición de los agentes. Los *habitus* han sido interiorizados por los actores en el curso de su historia, son el producto de toda la historia individual del actor, pero también de toda la historia colectiva de su familia y de clase. Es por ello que “se puede hablar de *habitus de clase*, lo que supone el reconocimiento de semejanzas entre los sistemas de disposiciones de individuos que comparten o han compartido similares condiciones objetivas de vida, o sea, similar pertenencia de clase” (1987:112). Este *habitus social* moldea tanto los sentimientos personales, los gustos, los espacios por los que nos movemos en la vida cotidiana como las personas con las que elegimos contactarnos; así, se produce una especie de “afinidad espontánea” (vivida como simpatía) que aproxima a los individuos dotados de *habitus* o gustos semejantes, conlleva en general a que uno tienda a vincularse con quienes comparte modos y estilos de vida. Así, los grupos que conforman una previa, aun cuando puedan ser desconocidos, por pertenecer a un mismo círculo social, se re-conocen, se sienten cercanos y rápidamente entran en confianza.

La censura, entonces, respecto a quienes son elegidos para ser incluidos en una previa se produce de un modo casi espontáneo e inadvertido por los mismos actores, procede del hecho de pertenecer o no a una posición social determinada que les brinda a sus miembros ese *habitus social* que a través de sus prácticas, gustos y consumos, los une y los integra, o los separa y distancia en la experiencia cotidiana. La uniformidad material de la previa, su contenido socioeconómico unidimensional, ya fue escogido lejos de la puerta, en los contactos que se hacen en la vida cotidiana a partir de compartir gustos, expectativas, prácticas, lugares. No obstante, antes de concretar con un grupo, los jóvenes entrevistados dijeron comprobar que sea de “la misma onda”, es decir, que exhiba las marcas legítimas que muestren y demuestren la posesión del capital simbólico que garantiza la pertenencia. Esto lo hacen a través de Facebook, viendo las fotos en la que aparecen los *looks*, los consumos, las zonas que el grupo habitúa. Los bienes destinados al consumo tienen una dimensión material y una dimensión simbólica, comunican y connotan una posición en un espectro de posibilidades y el hecho de optar por unos bienes y desechar otros, clasifica usuarios; “los adolescentes y jóvenes son sensibles a este juego de miradas y se autoevalúan muy críticamente a través de lo que eligen, portan y gustan” (Urresti, 2007: 42).

Entonces, la exclusividad de los miembros está “resguardada” por el círculo social al que se pertenece que no va a permitir ni que se asomen aquellos que no forman parte de ese mundo. En efecto, este espacio contribuye y fomenta las cercanías entre aquellos que ya están cerca en el espacio social, es decir, entre aquellos que ocupan la misma posición socioeconómica; como consecuencia, en el momento de encontrar un grupo para hacer la previa, este se busca dentro de un marco claramente delimitado que, como tal, solo permite un azar organizado.

En este sentido, la previa asume la lógica de la discoteca, la cual se presenta “como lugar “selecto” para “elegidos”; hay una dinámica de exclusión que refuerza la identidad de aquellos que pertenecen (al diferenciarlos del resto) y que garantiza estar “entre iguales”, ofreciendo una supuesta seguridad y protección frente a “los otros” —los distintos—. La previa de los jóvenes entrevistados de sectores medios altos reproduce la segmentación de la noche en términos de clase y con ello refuerza la desigualdad y la segregación social, asegurando que no haya “mestizajes”. Tal vez así es posible comprender que, a pesar del discurso de inseguridad y peligro que suelen tener los jóvenes de este sector social respecto al “afuera”, se atreven a ir a domicilios particulares de “desconocidos” y se sienten a conversar con “cualquiera”.

La antimasividad

Otro elemento que hace de la previa un lugar de encuentro es su carácter antimasivo. Al tratarse de un espacio físico pequeño (sobre todo en relación con el espacio mucho más grande del boliche) y ser relativamente pocos (en general, los participantes no superan las quince personas) el acercamiento entre las personas se ve fomentando. En una previa nadie puede perderse ni disgregarse; más o menos separados, siempre se está a la vista de todos y al alcance de la mano. La masividad pierde aquí el valor positivo que se le suele conceder en la mayoría de las ceremonias de encuentro juvenil. Mientras que sin una convocatoria masiva los recitales de *rock*, las discotecas o los bailes tropicales no tendrían valor para sus concurrentes (Urresti, 2007), en la previa la masividad es vista por los jóvenes como una amenaza a la exclusividad anhelada y a la posibilidad de entablar lazos más profundos e íntimos con los demás actores.

Así, la previa es antimasiva y esta antimasividad es un componente de fundamental importancia: es necesario que asistan personas pero no demasiadas. Los jóvenes entrevistados manifestaron que no importa tanto cuántos son sino quiénes son, de dónde son, cuáles son sus gustos. Para ellos, una “buena previa” no es aquella a la que van muchos sino la que se hace en “un edificio con onda”, en una zona “segura”, donde hay “buen alcohol y en cantidad”, donde la gente tiene “buena onda” y “mucho onda” —es decir, son simpáticos y están bien loqueados—.

Clima amigable, festivo y tranquilo

Los jóvenes describen la atmósfera de la previa como amigable, festiva y tranquila, todo lo cual promueve las aproximaciones y los acercamientos entre los participantes. Esta atmósfera resulta de los manejos que los jóvenes hacen sobre la música, las luces, el modo de ubicarse. No hay un ambiente definido de antemano e independiente de los sujetos que participan, sino que es relativo a sus gustos y preferencias; no solo puede ser diferente de previa en previa, sino que además no se mantiene homogéneo y sufre alteraciones en su transcurso a fin de generar o inhibir ciertas prácticas: el levante, la charla, los juegos, el baile.

Quien asiste a una previa puede observar que su atmósfera es una síntesis de un clima tranquilo, más parecido a una reunión de amigos, y un clima festivo y alegre, típico del boliche.

Así, tranquilidad y festividad se integran definiendo una atmósfera amigable, alegre y relajada, que puede pendular hacia mayor tranquilidad o mayor festividad según primen ciertos rasgos sobre otros.

El ambiente amigable suele estar asociado al modo de ubicación de las personas en el espacio, a la intimidad y privacidad que generan los domicilios particulares, y al hecho de pertenecer a una red de conocidos. A diferencia del boliche en el que predomina una lógica más individual, donde todos caminan de un lugar a otro y se terminan disgregando, en la previa impera una lógica grupal, están todos intercomunicados e integrados, conforman un colectivo unificado. Por tratarse de lugares relativamente pequeños, como un living o un SUM, se mantienen unidos aun en su separación y continuamente se entrecruzan miradas y se gestan conversaciones. Entonces, las personas nunca están solas, siempre están en el marco de un grupo o, como mínimo, en pareja y, durante la noche, suelen entablar diversos lazos temporales y fugaces.

La atmósfera tranquila es caracterizada por las luces encendidas, la música a un volumen normal, como sonido de fondo, y canciones que permiten conversar y escucharse. La atmósfera festiva se define por luces bajas —incluso apagadas en ciertas zonas del lugar—, músicaailable y en un volumen más elevado. La previa es una combinación de ambos ambientes, suelen mezclarse rasgos de uno y otro; por ejemplo, pueden estar las luces encendidas, haber músicaailable en un volumen alto, o luces apagadas con músicaailable en un volumen bajo. En la medida en que primen los caracteres de un ambiente u otro, diremos que es más tranquila o más festiva; pero no se debe confundir ambiente festivo con fiesta, esta última se constituye cuando además de darse el ambiente se instauran prácticas como el baile y la comunicación visual, típicas de la discoteca. En este sentido, cuando decimos que la previa puede deformarse y constituirse en el programa principal de la noche, hacemos referencia a esta situación en la que adquiere el carácter de previa-fiesta.

De todos modos, aun en los casos en que prima el ambiente festivo, los entrevistados reconocen grandes diferencias con la discoteca; allí la exaltación y la excitación son mucho mayores, y se define un clima de “descontrol” que dificulta la comunicación verbal, prima la visual y la interacción a través del baile. En la previa, los acercamientos se van gestando de forma progresiva, incluso siguiendo la lógica de ensayo y error, mientras que en el boliche se suele “ir a los bifés” y aceleradamente ya que, por la música a todo volumen, hasta el mínimo contacto es muy dificultoso, cuando no imposible.

Observamos que en el marco de la previa impera la exigencia de ser “buena onda” y “copado”; el aburrido, aquel que no parece estar “todo bien”, está fuera de la lógica del juego y como tal, es excluido. Los jóvenes entrevistados advirtieron que en el “prebo” hay que estar “buena onda” y si no, mejor no ir. Algo similar ocurre con el conflicto: no tiene lugar y es evitado continuamente, sobre todo a través de los temas que se eligen charlar. Así, la mayoría de quienes están “bajoneados” prefiere no asistir a previas ya que se sienten exigidos a manifestar un estado de ánimo que no portan; otros, en cambio, sabiendo su estado, prefieren ir para que, con el alcohol y el clima festivo, los problemas queden olvidados. Ahora bien, sea de una u otra

manera, la regla tácita es callar aquello que preocupa, protegiendo la atmósfera festiva que requieren las salidas nocturnas.

Como consecuencia, quienes asisten a una previa van dispuestos a conversar y “ser buena onda”, actitudes que fomentan el acercamiento. Según los jóvenes entrevistados, charlar con alguien en una previa no está necesariamente asociado a un interés de “levantar” por alguna de las partes como sucede en la discoteca; afirman que mientras allí la charla se reduce a directivas con el fin decretado de “levantar”, en la previa las conversaciones pueden gestarse sin una expectativa de encuentro más íntimo, pueden darse siguiendo una lógica amigable, por el simple hecho de conocer gente y hacerse amigos. No obstante, todos reconocieron que son siempre buenas oportunidades de levante y de búsqueda amorosa.

El encuentro erótico-amoroso

A partir de la lectura de las entrevistas y las observaciones realizadas, podemos afirmar que en la previa la sociabilidad está liberada de las ceremonias y formalidades de la interacción cotidiana y de las limitaciones que se producen en la discoteca; en ella, son otras reglas las que rigen los acercamientos. Los jóvenes afirman que el modo de entablar contacto es más bien libre, relajado y lúdico; el código que regula el intercambio es más flexible, generándose otros modos de relacionarse. Asimismo, como dijimos previamente, los acercamientos no están regidos únicamente por el objetivo de “levantar” y no es un espacio del cual necesariamente se espere algo determinado y puntual, las expectativas son abiertas: “pasarla bien”, “divertirse”, “pasar un buen rato” y si es posible, “levantar”. Como consecuencia, el riesgo de sufrir frustraciones en el plano de la conquista es menor.

Esta promesa de levante es para estos jóvenes un móvil importante a la hora de organizar una previa, fundamentalmente porque en este escenario se habilitan ciertos atributos que multiplican las posibilidades de conquista. Si bien reconocieron que el cuerpo asume un lugar central en tanto criterio organizador de las relaciones afectivas, indicaron que no es el único atributo valorado y que muchas veces no es suficiente; otros factores como el carisma, la gracia, la simpatía, la personalidad adquieren visibilidad en el ambiente de la previa y complementan al factor imagen.

En su estudio sobre las modalidades de vinculación en el boliche, Pérez y Piñero encuentran que en la disco “hay una distribución desigual de las oportunidades de ser reconocidos como dignos de afectos de acuerdo con el capital estético que se posea; si se ajusta al modelo de cuerpo legítimo, [se] podrá ser reconocido y apreciado para “ser visto” como objeto de deseo” (2003: 118). Coincidimos con los autores en que en la disco el cuerpo opera como un elemento de poder, capital estético, cuando se trata del cuerpo socialmente legitimado, o una debilidad, cuando las características físicas no se corresponden con el modelo imperante. En la previa, por el contrario, atributos que son invisibles en el boliche adquieren luminosidad. Ser simpático, tener “buena onda”, ser “open mind”, buscar integrarse al grupo conversando, son atributos que cobran valor y relevancia ante la mirada de los otros. Como consecuencia, un nuevo horizonte de posibilidades pareciera abrirse para aquellos que, por no cumplir con los rígidos y estrictos

parámetros de belleza socialmente legitimados, quedaban excluidos en el boliche. Esto no significa que en la previa lo estético no tenga importancia sino que, dado que el criterio organizador de las interacciones no reside exclusivamente en el cuerpo, se abre una posibilidad de “levantar” donde antes era escasa.

Respecto a la modalidad de la conquista, los jóvenes la caracterizaron como progresiva y mediante la charla; según los entrevistados, no se va “a los bifés” como en la discoteca, sino que se trata de aprovechar el tiempo que se tiene (entre dos y tres horas) para ir preparando el terreno y “vendiéndose” de a poco, con la meta de obtener como mínimo un número de teléfono o correo electrónico, y como máximo un beso en el boliche que vendrá después. Los jóvenes afirman que el ambiente no se presta para “tranzar” por lo que se suele esperar a la discoteca, u obtener algún dato de contacto para continuar por otras vías de comunicación o lograr combinar un nuevo encuentro.

Asimismo, el modo principal de acercarse a la persona que interesa, e incluso de crearle un interés, es a través de la conversación. El objetivo es ir encontrando progresivamente algún tema en común, alguna actividad compartida que permita que cada uno se muestre desde un lugar diferente al de la mera imagen estética; así se puede ir tanteando si hay “onda” y generarle en el mismo procedimiento. Esto es bien distinto al boliche en el que el modo de acercarse y de levantar es exclusivamente a través del *look*, el baile y las miradas, ya que el diálogo es casi imposible.

Reflexiones finales

La relación más planteada por los jóvenes entrevistados entre la discoteca y la previa es de complementación, son un combo en las salidas nocturnas. Sin embargo, observamos que si bien la discoteca no desaparece y se sigue asistiendo a ella, la prioridad nocturna parece adquirirla este ritual que la antecede. A partir de la lectura de las entrevistas, creemos que la discoteca se ha ido constituyendo en un espacio de mera coincidencia ya que, por su dinámica, los jóvenes no pueden conversar, no se pueden escuchar y se suelen perder y disgregarse, estando juntos sin estarlo. En efecto, chicos y chicas coinciden allí, comparten ese tiempo y espacio pero, por fuera del contacto que puede producir el amontonamiento y el contacto visual, carecen de todo acercamiento. Así, si bien en un principio la previa pudo nacer en dependencia con la discoteca, hoy adquiere un sentido en sí misma, tiene autonomía y especificidad propia, muchos jóvenes asisten a ella más allá de que haya o no una promesa de discoteca o fiesta posterior en búsqueda de encuentros y promesas de amistad e intimidad que, por las características de este escenario, logran gestarse con mayor facilidad.

La riqueza y el atractivo de la previa vienen dados por ser un escenario para el encuentro y el contacto profundo con los pares; sostenemos que su surgimiento responde —implícitamente— a las necesidades y deseos que tienen los jóvenes de comunicarse, de compartir atmósferas grupales, de interactuar bajo el código de unas reglas de juego menos condicionantes y más flexibles respecto a otras ofertas nocturnas. En este sentido, creemos que la previa puede ser entendida también como una vía de escape, creada por los mismos actores, para frenar el

empobrecimiento de la comunicación que se produce y reproduce en el boliche —así como en otros escenarios nocturnos—, donde la lógica impersonal de los vínculos, la fugacidad del contacto y la comunicación exclusivamente visual imperan por doquier, negando cada vez más toda posibilidad de encuentro. En este sentido, acordamos con Urresti (2002) en que aun en una sociedad definida como individualista y narcisista, persiste cierta espontánea necesidad de encontrarse, de contenerse y de cooperar, aunque el contexto haya cambiado y muchos de estos significantes hayan cambiado de contenido.

Frente al interrogante sobre las formas de sociabilidad entre los jóvenes de hoy, observamos una afinidad entre las redes de amistad que se configuran en la previa y la forma de sociabilidad del *neotribalismo* (Maffesoli, 1990), lazo social basado en el “estar juntos sin finalidad” y en la afectividad. En la previa, los jóvenes se juntan, con quienes consideran iguales, por el solo hecho de “estar juntos”, no hay otro fin ni propósito que esa búsqueda de experiencias compartidas. En este sentido, recuperando a Michel Maffesoli (1990), el tribalismo del que se trata aquí puede ser perfectamente efímero y organizarse según las ocasiones que se presentan, pero no deja de dar cuenta de las actitudes grupales que tienen tendencia a desarrollarse en nuestras sociedades. Los jóvenes ven en las tribus la posibilidad de encontrar una vía de expresión, la ocasión de intensificar sus vivencias personales y encontrar un núcleo gratificante de afectividad; son una especie de refugio emocional, afectivo, que los protege de un mundo cada vez más frío y tecnologizado (Costa, Pérez Tornero, Troppea, 1996).

Ahora bien, dado que son espacios clausurados para aquellos que no pertenecen al mismo sector social y que, en consecuencia, no cualquiera puede asistir, los encuentros son más bien “reencuentros” entre quienes muy probablemente ya se cruzaron o hubieran podido cruzarse más adelante en su experiencia cotidiana. Como consecuencia, sostenemos que la previa como lugar de encuentro funciona como un dispositivo más de segregación social para mantener las distancias y asegurar las cercanías ya existentes en el espacio social.

Anexo metodológico

La investigación se enmarca en una estrategia cualitativa, un análisis de tipo etnográfico, que buscó acercarse a lo que Clifford Geertz (1990) denomina “descripción densa”. Este concepto apunta a hacer comprensibles los códigos de otras culturas. Se trabajó con jóvenes de sectores medios altos de la Ciudad de Buenos Aires, durante los meses de marzo a junio del 2010. El trabajo ha sido realizado sobre la base de diferentes fuentes de datos.

La principal técnica de recolección de información consistió en una entrevista semiestructurada individual, organizada en base a una guía de pautas que incluyó diversas preguntas abiertas. Asimismo, se han utilizado técnicas cualitativas tales como observaciones participantes y no participantes a “previas” organizadas por algunos de los jóvenes entrevistados.

Bibliografía

- Arizaga, Cecilia (2003): "Barrios cerrados y countries: microclima de consumo", en Wortman, Ana (Comp.): *Pensar las clases medias, consumos culturales y estilos de vida urbanos en la Argentina de los noventa*. Buenos Aires, La Crujía.
- Bourdieu, Pierre (1987): "Espacio social y poder simbólico", en *Cosas dichas*. Barcelona, Gedisa.
- Bourdieu, Pierre (1999): "Espacio social y espacio simbólico", en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama, Barcelona.
- Costa, Pere-Oriol, Pérez Tornero, José Manuel y Fabio Troppea (1996): *Tribus urbanas. El ansia de la identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación*. Barcelona, Paidós.
- Geertz, Clifford (1987): "La descripción densa", en Geertz, Clifford: *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa.
- Maffesoli, Michel (1990): *El tiempo de las tribus*. Barcelona, Alianza Editorial.
- Margulis, Mario (2005) [1994]: "La cultura de la noche", en Margulis, Mario y otros: *La cultura de la noche, la vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Buenos Aires, Biblos.
- Pérez, Fernando y Piñero, Julián (2003): "Estética de la afectividad y modalidades de vinculación en el boliche", en Margulis, Mario y otros: *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*. Buenos Aires, Biblos.
- Urresti, Marcelo (2005) [1994]: "La discoteca como sistema de exclusión", en Margulis, Mario y otros: *La cultura de la noche, la vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Buenos Aires, Biblos.
- Urresti, Marcelo (2002): "Adolescentes, consumos culturales y usos de la ciudad", *Revista Encrucijadas UBA 2000*, Revista de la Universidad de Buenos Aires, Nueva Época, Año II, N.º 6.
- Urresti, Marcelo (2007): "Transformaciones de la nocturnidad", *Acceso Directo. Revista de Estudios sobre Juventudes*. N.º 6, Rosario.